

NEW WAVE

Francisco Javier Rodríguez Barranco

Apenas una pizquita de cayena, pero él no recordaba haber puesto un programa de cocina. Sería la primera vez que lo hiciera: si total, mientras existan platos precocinados. Todas las noches activaba el temporizador de la radio con la emisora de música habitual y se dormía escuchándola. Y la reciente ruptura de pareja no podía haberle dejado tan mal como para sintonizar eso (sí, eso), así, sin más ni más, de buenas a primeras. Que no, que no y que no. Además, el despertador entraba siempre con la misma cadena: *su* cadena. Invariable.

Aquella mañana, sin embargo, se levantó, aseó, vistió y desayunó con programas desconocidos. Advirtió también que la frecuencia en el equipo era diferente de la seleccionada desde hacía mucho, porque él era una persona de piñón fijo en cuanto a gustos. Si algo le gustaba, le gustaba y punto. Tampoco tenía por qué estar haciendo experimentos de apreciación estética. Por eso, dedicó un tiempito a valorar la verdadera naturaleza de la nueva situación. Atónito.

Si se tratara de un transistor de los de sintonizar con ruedecilla, sería lógico que se hubiera movido algo el dial. No digamos ya una de esas antiquísimas, aunque preciosas, sin duda, que una cosa no quita la otra, radios de válvulas, muchísima mejor calidad de sonido, aunque claro. Pero es que se trataba de un equipo de ultimísima generación, con sintonizador y *display* digitales, puesto que uno está dispuesto a renunciar a la calidad de sonido de lo analógico y hacer concesiones a lo digital, siempre y cuando esto nos garantice una cierta falacia de seguridad. Seguridad digital, vaya:

entre el cero y el uno no caben medias tintas. Por lo tanto, todo este caprichito tecnológico estaba completamente fuera de lugar. Inaceptable.

Tampoco podía llamar a la oficina y decir que no iba hasta que se aclarara todo: “Oye mira, Pancracio (Pancracio se llamaba su jefe, que también los padres, anda que la ocurrencia), que hoy no puedo ir a trabajar, que la microcadena de música está haciendo lo que le parece”. Porque uno no deja de ir a trabajar si no le funciona el equipo de alta fidelidad (y ultimísima generación). No existían precedentes. Se imaginaba el recochineo de sus compañeros. Lógico.

Pero aquello, ciertamente, no había ni por donde cogerlo. En ese mismo instante la radio estaba emitiendo un programa de *reggaeton*, porque sí, porque le daba la gana, porque ese conjunto de microcables y microcircuitos integrados, esa máquina del averno se sentía creativa. Bueno, creativa a su manera, que eso también sería muy discutible. Dudoso.

Y realmente, él se sentía impotente: apenas podía asistir como testigo (audio-testigo, ya me han comprendido ustedes) a toda esa catarata de despropósitos. Y encima la melodía del *reggaeton* era de las pegadizas, que ya era el remate. Muy impotente.

Con todo y con eso, al final decidió no hacer nada y que aquello siguiera su curso espontáneo. CARPE ONDAM! Pensó según apagaba las luces para salir de casa, tan campante. Displicente.